

El Gran Criminal

En su última entrega, Dionisio Cañas nos ofrece un volumen unitario en torno al mítico personaje de un gran criminal, alter ego de la figura del poeta como creativo flaneur nocturno. Ese gran criminal carnaliza a través de la palabra, sus andanzas por el mundo urbano de bares, tugurios, antros, puertos -- espacios donde la ciudad (y las soledades que habitamos en ella) muestra su rostro trasnochado, su búsqueda rabiosa por afirmar la libertad y el ansia de vivir.

"Con claro cabreo, con furia", pero también con una apasionada ternura, Dionisio cede y devuelve la palabra a todos aquellos marginados que apenas tienen voz poética: vagabundos, camareros, ladrones de perfumes, vendedores de sandwiches, taxistas, prostitutas, camioneros, delincuentes.

El yo poético, ese gran griminal que es poeta-- se ubica en el centro de un universo en el que todos son prisioneros del momento. Prisioneros, ya que están en un ámbito insular: Nueva York, las islas remotas del Caribe, el bar de Legazpi, ese bar de los No-Muertos donde todo ocurre afuera, el puerto, la "pecera iluminada" de William Holden, otros bares convertidos en lugares para la reflexión. Mas, sin embargo, dentro de estos espacios cerrados y solitarios, existe un esfuerzo intenso por combatir la enajenación: todos comparten ese deseo de reconocerse en el otro, de reestablecer "la humana atadura" en un instante de ebriedad vital en el que "la felicidad puede un día reducirse a beber con

alguien una cerveza en la misma botella" ("Los amores y los camiones"). Ese corazón gregario del protagonista se construye y recompone gracias a la "certeza de los otros". Recordemos aquí el verso de Whitman, ese gran poeta urbano, en "Crossing Brooklyn Ferry", cuando intenta establecer un patrón unitario y comunicativo con los habitantes de la ciudad:

the current rushing so swiftly and swimming with me
far away,
the others that are to follow me, the ties between me and
them,
the certainty of others, the life, love, sight, hearing of
others.

Dionisio pasea "sus ojos por esos rostros", "hijos de la noche y del alcohol", como una sombra entre sombras. Y expresa su amor/odio por esa ciudad infame, revolcándose en "su rumor, su sudor, su semen y su sangre".

"Cobarde aquél que no agota el momento" asevera, afirmando un tiempo personal, libre de las ataduras convencionales establecidas por aquellos que viven muriendo.

Este canto dionisiaco ~~(se divide)~~ posmoderno está dividido en tres secciones:

la primera, titulada **El gran criminal** (contiene cinco poemas), es una intensa y desgarrada noche de ronda neoyorquina:

la segunda, **Sunset Boulevard**, consta de un solo poema narrativo y elegíaco del mismo título, en torno a la figura solitaria de ese "dios borracho" hollywoodense que fue William Holden.

en los ocho poemas de la tercera sección, **Cisne y Cerdo**, el yo poético transita por otros espacios ya alejados del rumor y clamor de la gran urbe: espacios también definidos por esa búsqueda intensa, por ese afán de vivir a saciedad el momento: "más vale morir a tiempo que vivir muriendo". La isla aquí ya es otra, y al "humano ardor" se unen ahora ^a veces ritmos de la naturaleza, animales, otros paisajes naturales y ciudadanos, como el bar en Madrid, el puerto de Veracruz.

La lucha por vivir y coexistir en esas islas nublares se muestra inútil. Y exhausto, el gran criminal se aleja:

Viendo que el día no tenía ni pies ni cabeza, que la noche árida se escapaba por todas partes, que los ritmos del cielo y de la ciudad se juntaban sin hacerle caso a nadie, viendo que ya había hablado de tantas cosas, agarró su cisne enlutado y se fue al carajo.

El juego de los dados negros, el juego de la vida parece ser un silencioso y oscuro fracaso y el criminal es el perdedor:

cuando el silencio devora el silbido, como si nos hubieran cortado la lengua; cuando sentimos que la vida es ya un dado negro, lanzado en la oscura página del tiempo; cuando somos lo negro.....

No obstante, su pasión por vivir se impone y con gesto desafiante declara que entonces, precisamente. "entonces es cuando empezamos a vivir de nuevo".

Y en el poema final, (dedicado a Biberkopf, aquel otro gran superviviente de la desesperación urbana,), el criminal poeta, el poeta criminal que construye y destruye mundos con la palabra, sabe que regresará al origen: a "la casa de piedra, junto a la hoguera". A ese albergue, también cerrado, destierro final (y es

un espacio

un espacio

necesario aclarar que no es un acto de huida), donde todo, inclusive el poema, se esvanecerá, alejado del caos dinámico que lo rodea en ese presente de la escritura.

Estos poemas en prosa, tan inquietantes, arriesgados, sorprendentes y visionarios, parten desde una actitud estética posmoderna. En una nota del autor, que desafortunadamente no aparece en la edición, Dionisio reflexiona sobre la trayectoria de composición del libro, y aclara:

→ *en español* → la poesía es una labor colectiva, y lo que espero de ella es que sea un proceso de ebriedad, de complicidad y de caridad a la vez. El concepto de poesía como proceso de exaltación e intensidad es muy antiguo y en nuestra poesía lo plasmó mejor que nadie Claudio Rodríguez. Y la idea de la poesía como caridad (lo aprendí de Rimbaud) viene a significar que toda poesía debería ser una absoluta entrega, solidaria, a los demás (desde el criminal hasta el santo). Y en cuanto a la complicidad, a mí me parece cada vez más claro que el lector se convierte (por el mero hecho de leer) en un cómplice del poeta, quienes el que, como criminal, se encarga de destruir las palabras, sus significados más comunes, para entregárnoslas con una nueva vitalidad.

Los textos de El Gran Criminal constituyen no sólo una entrega nueva, generosa y vital, sino también están marcados por una intensa visualidad. Algunos tuvimos la oportunidad de ver estos poemas, agrandados por una fotocopiadora, pegados en la pared del apartamento de Dionisio, con variantes y retoques. Las palabras adquirieron así otra dimensión sensual, una carnalidad gráfica que permitía otro acercamiento más físico-visual además de oral-- al discurso poético.

Al igual que el personaje del gran criminal, de aquel que "viviendo escribe su poema", el poeta Cañas nos regala un texto donde la poesía es un **experiencia vivida**, no solo asumida. Y vivida con y a través de los otros. Esta trans-sustanciación generosa de la vida en la palabra es un grito colectivo, un saqueo de vidas y palabras que, como toda buena poesía, nos libera y nos abrumba con un profundo amor entrañable e inextinguible por la vida.

Doris Schnabel

Presentación de El gran criminal, The Spanish Institute,
Nueva York, 1 de mayo, 1998